

Cuentos de trinchera

*Club de cuento Pan de Batalla
Segundo aniversario*

© Club de cuento Pan de Batalla, 2010
© Editorial Yerba Mala Cartonera 2010.
Fotos: José Laura “alias” Alu neko
Proyecto social cultural y comunitario sin fines de lucro.
yerbamalacartonera@gmail.com
<http://yerbamalacartonera.blogspot.com>
Tel. 72262533, 73719741, 70727847.

Proyectos análogos: Eloísa Cartonera (Argentina), Sarita Cartonera (Perú), Ediciones la Cartonera (México), Animita Cartonera (Chile), Dulcinéia Catadora (Brasil) y muchos más en casi 20 países.

Impreso en: Imprenta “Magda P” Av. Oquendo 371 Cochabamba
Derechos exclusivos en Bolivia
Impreso en Bolivia

*Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo desinteresado de **Magda Rossi**, El Club de cuento “Pan de batalla”, la Sra. María Campos y el mArtadero.*

En la puerta del horno

Nuevamente el club “Pan de Batalla” nos presenta una serie de relatos, apariciones, testimonios y confesiones que confirman el camino particular/colectivo que este grupo literario ha desarrollado; complementando la primera colección titulada “Las batallas del pan”, este segundo libro sigue la saga de búsquedas riesgosas, escenarios claroscuros y voces reconocibles. La Editorial Yerba Mala se place en reunir esta selección de 13 autores jóvenes y resueltos a transitar por el mundo a través de la palabra, desordenar las calles con sus bríos y hundirse en los laberintos urbanos mediante la ficción: Hinchados de levadura, brillosos por el dulce encima y con fragancia penetrante, les invitamos a degustar esta nueva horneada, unas veces crocante, otras flexible y salada las menos.

Yerba Mala Cartonera

BRINDIS

POR PABLO CESAR ESPINOZA

Caseritos, caseritas,
Llévense a la casa pues pancito,
con leche y quesillo más...
llevate,
no seas malo, no seas mala...
LLEVATE.

Recuerdo que en muchas y pocas conversaciones con gente del club de cuento, salió al azar un tema de debate: Hagamos pues un PANifiesto.... Y Las respuestas no se hacían esperar:

“Que puede ser presunción”, “puede ser diversión”, “puede ser algo, puede ser nada, puede ser mucho” ... bahj

Pero creo que lo más apropiado que escuché es que hacer el PANifiesto es algo demasiado común, usado y corriente, algo que puede ser tan vulgar y ordinario que realmente deberíamos hacerlo.

Y al momento de preparar estas pequeñas palabras, quise elaborar mi modelo de PANifiesto, entonces deduje: lo primero y fundamental, como buen muchacho de la generación copy+ paste, es buscar referencias en google:

Pan de batalla. Las 4 respuestas más rápidas fueron:

- 1.- Gobierno rechaza inminente incremento del Pan de Batalla
- 2.- El Precio del *pan de batalla* es incierto al igual que su peso.
- 3.- Confirman uso de bromato en elaboración de pan de batalla
- 4.- El pan de batalla es económico y accesible, muy agradable al salir del horno acompañado de café y queso fresco, muy consistente, y dicen que quita el hambre por varias horas.

Haciendo relación entre las frases, puedo decir a modo de modelo personal de PANifiesto que:

El club de cuento “pan de batalla”: Es un rechazo inminente al precio de lo incierto, el peso del bromato económico, accesible y muy agradable al quitar el hambre

Entusiasmado y extasiado por el PANifiesto creado, y antes de estar seguro de proponerlo al grupo, quedé corto al recordar palabras de Nuestro estimado camarada Juan Malebrán en un anterior libro cartonero escribió un texto a modo de prólogo, muy bueno, y que quiero compartirlo porque pienso que va por ahí la naturaleza del club ó al menos del PANifiesto:

*Una de las cosas más cursis debe ser lanzar un libro,
Sobrepasarse de cursi es que venga alguien y lo presente,
e insoportablemente de mal gusto el que sea de cartón,
de un cartón recogido de la calle, de una calle cualquiera.*

Dicho esto, podemos pasar ahora al momento del brindis, por favor podemos tomar todos la copa y levantarla muy en alto:

Gracias Drina creadora y principal promotora del pan de batalla, gracias a la yerba mala cartonera principal apoyo, gracias al mARTadero nuestro querido hogar y especialmente gracias a todos los cuentistas que le meten duro y sin protección.

Transeúntes de Trincheras...

Transportados en trance a las traviesas trincheras, tras tres tremendos trancazos, atravesamos el tráfico de trenes atrofiados. Trémula tribu atracando trogloditas detrás de atriles, atropellando atroces otredades. Atraídos por trucos de otrora, trepanamos tradiciones cual tractores. Transitamos el tramo, ahora tranquilos, trocando tristes treguas por triunfales trabajos. Traficamos atrevido entretenimiento cada cuatro trimestres, entregando transparentes trabalenguas y trofeos sin trampa.

Gio Fosatti

INDICE

AJUSTE DE CUENTAS	9
<i>LUISK SANABRIA</i>	
ASESINO DE PÁJAROS	13
<i>AHMED EID V.</i>	
CADA VIAJE	17
<i>JUAN PABLO SALINAS</i>	
CARTA A LAURA	23
<i>MARIELA VARGAS</i>	
CENIZAS	27
<i>PABLO CÉSAR ESPINOZA</i>	
DE LÁGRIMAS Y RODILLAS	29
<i>ANTONIO AYALA</i>	
HUMECTANTE	33
<i>DRINA ROCABADO H.</i>	
LA INQUILINA	37
<i>MARIA ANGÉLICA ARANCIBIA</i>	
NOSOTROS	44
<i>SHARIEL BAPTISTA</i>	
¿POR QUÉ TE FUISTE MARÍA?	49
<i>PATRICIA LIMA</i>	
SOLO UN PAPEL	51
<i>CESAR HUAYLLAS</i>	
TOHOLOK'AUS	54
<i>GIO FOSATTI</i>	
ESPEJO	62
<i>OMAR ARNEZ</i>	

AJUSTE DE CUENTAS LUIK SANABRIA

A Stefanie Barrero.

El niño se niega a morir. Me mira sonriendo, y esa valiente arrogancia me confirma que no dejará que lo mate; no porque pretenda mostrar resistencia, o pretenda luchar por nuestra vida; se niega a morir porque morir no le importa. Esa arrogancia con la que me reta es intimidante. Matarlo sería una misión mucho más fácil si lo tuviera postrado a mis pies, llorando por su vida, y rogando literalmente de rodillas (esa era la reacción que esperaba de él, la que esperaba de alguien como yo). Levanto la nueve milímetros que sujeto con la mano derecha, y temblando apunto a su cabeza, justo entre ceja y ceja. Yo lloro, y él ríe.

—No te entiendo, viejo. Te presentas arrugado y canoso, patético y lloroso, pretendiendo querer matarme. ¿Para qué? Si mi culpa es tu culpa, mi error es tu error, tu dolor es mi dolor, tu fracaso es mi fracaso. Yo luché tratando de evitar que acabes así, pero siempre fuimos débiles ¿no?. Tristemente débiles. Esto que ahora pretendes hacer solo demuestra tu cobardía. ¡Cobarde!. Yo ya no seré un imbécil como tú. No seré como fui. No seré como seré. Mírame... ya no tengo miedos, tu fracaso me ha enseñado a no tenerlos; nada me importa después de la gran decepción que me diste. Nada me importa, y estoy seguro que eso me hará feliz.

—¿Y crees —le digo— que eso vale algo ahora? ¿Crees que viendo lo que te vendrá cambiará todo fácilmente?. Así fue porque así tenía que ser. No fue debilidad, ni cobardía; fue destino, y contra eso no se puede pelear. Deberías estar agradecido en lugar de ser tan arrogante; vengo a hacerte un favor juntando toda la valentía que tengo y aún así tienes la altivez para llamarme cobarde. Hace años fuimos uno, jugamos y reímos al mismo tiempo que descubríamos la vida. ¿Por qué dejamos escapar la tranquilidad?. Ya no tiene caso. Algo que aprendiste es que la gente no cambia, y si esto representara una nueva oportunidad, acabaríamos igual.

—No seas mediocre, y no vengas a justificarte con esas patrañas. Yo siempre te dije que no nos deberíamos dejar golpear tanto, que deberíamos tener más dignidad, desafiar a

la vida y al destino, en el que te escondes, y que imprimía nuestro rostro en la mierda; pero nunca me dejaste ser más que un recuerdo, y jamás me hiciste caso. Ahora no me importa, nada me importa.

¿Por qué es tan difícil?. En un sueño se me ha dado la oportunidad de no llegar al punto en el que precisamente estoy, y yo "el niño" trato de demostrar a mi versión envejecida que pude haberlo hecho mejor. La mano que sostiene la nueve milímetros me tiembla, y yo no sé que pensar; al niño no le importa morir, y ese será mi castigo. No le importa, no porque no quiera vivir, sino porque simplemente no le importa, y eso le hace feliz. Creo conocerme, y sé que trata de enseñarme una lección, aunque a esta altura no le veo la utilidad.

—¡Anda viejo! ¿Crees que me dolerá? ¿O temes que el dolor sea para ti?.

Entonces me calmo, respiro profundo y bajo el arma. Ya no apunto a su cabeza. Le doy la espalda, como para marcharme y dejarlo con la palabra, mientras él ríe. Sin ver nada (ni mañanas, ni ayeres), dirijo el cañón de la nueve a mi sien, y oigo una rápida detonación que me ensordece.

Tras el explosivo sonido del proyectil, un capullo de rosa se abre en la sien izquierda del viejo; se desploma de bruces mientras un aura roja y líquida va rodeando su cabeza. A la par y desde el primer momento siguiente a la detonación, la cabeza del niño explota, también por el costado izquierdo, y se desploma de la misma forma que el viejo. Ambos están en la misma posición en esa especie de limbo, de suelo, cielo, y horizonte blanco, ahora decorado con rojos y guindos que hacen sus propios caminos; se encuentran a pocos metros de distancia el uno del otro, tan sincronizados como si se tratara de una coreografía. De la cabeza del niño fluye una sangre llena de fe en un mañana que nunca vino.



Luis Sanabria

ASESINO DE PÁJAROS AHMED EID V.

I

Debíamos ir a caminar al Tunari a las cinco de la mañana. Pero aún así decidimos dar una vuelta por la ciudad en la noche, observando a los ebrios beber felices en las calles. Quería estar como ellos. Acepté ir al campo porque no había nada mejor que hacer.

Carlos llevó a su novia, quien iba a hacer la caminata por primera vez. La novia llevó a una amiga que tampoco había hecho el recorrido. Que frustrante es caminar al lado de una persona que no deja de quejarse y de otra que continuamente repite lo alucinante que le parece el paisaje. También iban con nosotros un par de gringos, esos que se van de Bolivia, maravillados con la gente y con su forma de vivir. Supongo que les emociona ver una miseria distinta a la suya, pero a veces es irritante su actitud de fascinación ante la nuestra. Los gringos se hablaban en inglés; pero cuando alguno de nosotros les decía algo, uno de ellos tartamudeaba una respuesta en español rústico, muy breve.

Nos detuvimos a descansar. Uno de los yanquis, Bennett, llevó marihuana, y me preguntó si quería acompañarlo a fumarla. Le dije que sí. Nos alejamos unas buenas decenas de metros del resto, Bennett me dejó empezar y así nos fuimos pasando el porro entre nosotros. Luego sentí ganas de ir a orinar. Me fui tras un árbol, de esos que soportan nuestras meadas a sus pies y excreté. Preocupado, después, por ofender al árbol, pensé que sería mejor no regarlo con pis; dirigí mi chorrillo unos cuantos centímetros a la derecha, oriné sobre una piedra triangular.

Al volver con el gringo, vi un pequeño pájaro negro muerto sobre el pasto, ausente en el viaje de ida al baño. Creo que el animalito llevaba muerto hace un par de días, porque tenía unos cuantos gusanos que se alimentaban de él y varias moscas que le sobrevolaban. Me pareció que debía haber sido muy feo mientras vivía. Supuse que no era algo que los turistas debían ver, por lo tanto decidí enterrarlo. Hice un pequeño hueco con mi pie, le di unas cuantas pataditas al pájaro para que entre y empecé a echarle tierra encima; al cabo de un rato, escuché una aguda y juvenil voz:

-¿Qué estás haciendo?

Era la novia de Carlos.

-Nada. Entierro a un pájaro que encontré muerto.

-¡Ay qué asco! Era que lo dejes ahí nomás.

-Ya casi termino.

Ella se fue caminando muy rápido. Terminé de enterrar al pájaro, y volví. Ya no encontré a Bennett y me uní con el resto de grupo. Él estaba con ellos. Emprendimos el camino de regreso. Yo caminaba solo. Pájaro de mierda.

II

Acudimos a mi tío porque era veterinario, pero además no nos iba a cobrar. Nuestro perro era grande y blanco, por eso se llamaba Gandalf. Tenía alrededor de 4 años de edad y nunca había cruzado. Nos dijeron que por eso le habían crecido esos tumores en los genitales.

Al principio era simplemente triste verlo intentar rascarse. Cuando empezó a enflaquecer ya era insoportable. Mi tía quería llorar al ver su comida despreciada. Decidimos llamar a mi tío cuando el perro intentó extirparse los tumores a mordiscos.

-¿Y qué más hay que comprar?

-Nada más. La jeringa y la inyección nomás.

-¿Una ampolla es suficiente?

-Si hijo. Una ampolla alcanza.

Gandalf era un perro grande. Mi primo y yo intentábamos mantenerlo quieto y él no dejaba de moverse. Cuando logramos sujetarlo contra el suelo, mi tía le cubrió la cabeza con un gorro. Él seguía quieto. Mi tío le inyectó la jeringa cargada con la mitad de la ampolla. Cuando lo soltamos, Gandalf empezó a moverse como borracho por toda la casa. A los quince minutos cayó al piso. Ya no respiraba.

Mi primo y yo no tuvimos ganas de cavar sólo al imaginar el hueco que debíamos hacer para enterrar a Gandalf, decidimos echarlo a un basurero. Al día siguiente tenía que ir al Tunari con mi amigo Carlos y unos gringos.



Ahmed Eid

CADA VIAJE

JUAN PABLO SALINAS

Como si alguna consideración tuviera cabida al momento de abordar un colectivo, como si el tamaño de semejantes aparatos tuviera que ver con la comodidad del pasajero y como si la espera, pasajera también, se detuviera a marcarle un nuevo minuto al tiempo. Así divagas, cabeza, en la esquina, mientras varios son los que al caer la noche esperan.

En una esquina del centro de la ciudad, parado, Juan observaba los vehículos pasar como las manecillas del reloj de la catedral: circunspectas e indecisas. Una familia se impacientaba a unos metros de él, reubicando su posición en función de la aceleración del colectivo que venía bufando sobre la calle. Valga saber que sobre ella no importaban los límites y tampoco las señales. Lo único importante era llegar. Cada vez más se sumaban a esa carrera incontrolable, un juego de manos, pies y putazos. Tal la suerte del tráfico al puntear la noche que se tendía sobre las techos y las plazas. Las 7 de la noche, confirmaba una doña mientras pasaba, y Juan calculaba 20 minutos ya de espera.

La misma invariable esquina, pensaba, entre bocinas y Bob Marley al esperar el colectivo después de clases. Se apostaba a sí mismo si esa noche el semáforo podría detener a las máquinas. Pudo verlo aproximarse humeante a lo lejos. Un vuelco de volante, estremecimiento en la calle y una familia subió desordenada a media cuadra. Con el último pie adentro, arrancó el colectivo elevando sus ruedas contra el viento y al volante el chofer con orgullo: "El lobo del aire". Juan lo observaba estirando el brazo. Cuando parecía pasar de largo, en un movimiento brusco y devastador crujió y se detuvo para ofrecerle la puerta lo suficientemente cerca como para que, encogido de hombros, se lanzara y entrara.

Un pie sobre la escalerita y el acelerador encontró su más profunda ubicación. Juan ofreció una moneda, el chofer en dos movimientos la observó, dudó, la acomodó y finalmente resolvió el conflicto con un vistazo en el retrovisor. *Estudiante*, suspiró respirando tranquilo y subiendo el volumen de la radio que reconfortaba el viaje con tono grotesco y estimulante.

Juan adentro, caminaba indeciso sobre el pasillo buscando la mejor ubicación para sentarse, mientras sus zapatos lamían los chicles pegados en la plataforma y luchaban por mantener el equilibrio hasta llegar al asiento. Existía una exótica degustación en el metal del que se aferraba para mantener el paso y al sentarse, haciéndose más intensa la sensación interna del colectivo, miles de historias sumidas en el vaho que exudaba el cuero se introducían en la nariz de Juan.

Luces intermitentes de colores revelaban miradas sugerentes. Juan se acomodó la mochila sobre las piernas, había sido un día largo, y deslizó sus ojos por los costados. La señora de al lado lo observaba y con parca mirada indagaba dentro sus ojos, descendiendo por el cuello y bifurcando su mirada a la altura de los hombros, para recorrer los brazos y encontrar una mano oculta en la oscuridad que Juan reservaba entre sus piernas. *Está debajo la mochila*, rezongaba la Señora, arrebatada con el rítmico movimiento de ésta,

mientras las luces recuperaban su estabilidad y revelaban mujeres pegadas en el techo y en las paredes que se dejaban pasear por los ojos de todos. Las mujeres sentadas se inquietaban. La mochila de Juan se batía en un movimiento incontrolable y la señora demostraba tensión en sus labios, a punto de. Esquina!!! Juan parecía haber encontrado lo que buscaba y entre sus manos un pequeño libro abría sobre su regazo. En la tapa había trazos de rojo, líneas amarillas y el colectivo se detenía en verde. La señora de al lado se tranquilizó, Juan la miró con resolución.

La avenida llena de luces, el colectivo apenas se movía, todos volvían a casa o la abandonaban, otros solo soñaban con ella y por el centro de la ciudad las luces corrían como si se persiguieran unas a otras. Juan observaba por el vidrio, lo empañaba y dibujaba pequeñas espirales. Al frente dos señoras intercambiaban miradas, carcajadas y una que otra palabra. Reían por inercia, por aburrimiento, por que el colectivo no se movía, luego repasaban las caras de los pasajeros y detenían los ojos sobre Juan, desatando una estrepitosa carcajada.

Desde atrás *¡Parada!* Un niño iba por delante, otro berreando en los brazos de su madre o su hermana, en los brazos de una mujercita que hacia malabares para guiar también a un adolescente, que ausente de cualquier sentido de orientación, se aferraba a una de sus tetas y la seguía hasta la puerta. *Borracho*, masculló una señora y una sacudida puso en movimiento a la maquina.

Condorito etiquetado, consejero de buen viaje y poseedor de una admirable paciencia, comentaba un Señor detrás de Juan, mientras se acomodaba un sombrero de ala inflando los pulmones. *¡No escupas por la ventana! hazlo adentro ¡No ensuciar la movilidad! Entonces cágate por la ventana y en los pasajeros que van atrás.* Así remataba el adolescente de su lado, mientras Juan observaba las viñetas ese dedo que apuntaba culpando, mucho más rígido que los demás.

Había un hedor a cuello juvenil en el pasillo. Largas clases inútiles y pocos tópicos interesantes, apuntaba una estudiante que después comentaba algunos tópicos legales de interés para los otros estudiantes que la circundaban afirmando cada frase que terminaba. *Cierta actitud de roña en los pasajeros parados y una actitud cobarde y estreñida en sus ojos, el sabor a metal debe estar oxidándolos*, reflexionaba Juan, mientras observaba las manos colgadas de las barras asidas al techo. Sentía que el espaldar era una lengua que babeaba sus costillas y las vértebras de todos los sentados.

El colectivo ya había abandonado el embotellamiento y aceleraba respirando por las ventanas, parecía inflarse. Las cabezas se batían tratando de no desfallecer antes de su parada. Todos se habían callado y a esa velocidad cualquier comentario parecía un desatino. Juan no podía bajar y ya se acercaba su parada, el viaje se le había hecho pesado, lo aplastaba, no podía pararse y pensaba improvisar una parada, con el próximo que baje se decía mientras cruzaba las manos.

¡Me Lo para! Una mujer se paró y acomodando su blusa le hizo una seña a Juan. *Aquí es donde bajo*, decía Juan liberado de peso a la señora de al lado que lo miraba con fastidio y

despego. Siguió a la mujer por el pasillo calculando no acercarse demasiado, atento a cualquier movimiento que confirmara su más oscura sospecha. Ella llevaba unos zapatos enormes que pisaban todo lo que encontraban a su paso, mientras sus hombros especialmente anchos volteaban a los pocos que quedaban maltrechos a su paso. *Graciass* entre carraspeos pasando por el flanco del chofer dijo mientras se agarraba el cabello al bajar por las escaleritas. El chofer la observaba con desconfianza y calentura, y detrás de ella, Juan aprovechaba también, llegando rápido a la escalerita, mientras una persona interrumpía su bajada. Juan siguió a la mujer con la mirada mientras ella caminaba torpe sobre la acera, deteniéndose a la altura de un poste en posición de espera. Juan se hizo a un lado mirando extrañado a la persona que lo interrumpía y le decía: *Juan que estás haciendo*. Juan extrañado, extendiéndole una mirada de confianza le respondía: *En casa te cuento*.



Juan Pablo Salinas



Mariela Vargas

CARTA A LAURA MARIELA VARGAS

Querida Laura:

En mi afán de poder comunicarme con usted, por fin he encontrado el momento preciso para escribirle algo más que mis soledades. Me alegra poder contarle que en los últimos días me he visto rodeado de amigos que, si bien han dibujado una sonrisa en mi rostro, también me han causado momentos irritantes. No encuentro paz en los rincones de esta casa y, como si se pusieran de acuerdo, todos ellos desaparecen. Es en esos momentos cuando pienso en usted. Tengo que confesarle que me ahoga el miedo –espero comprenda– no por cómo se fue sino por lo sucedido. Sin embargo, el motivo de mi carta no es recordarle ese día.

La veo constantemente rondar por los pasillos, delgada, frágil y silenciosa, deslizarse por las escaleras, las habitaciones, la cocina y el living. A momentos vuelvo a escuchar el bolero desde su habitación, entonces corro extasiado y tan sólo encuentro la puerta cerrada. El miedo que en estos momentos me invade es el verdadero motivo de mi carta.

Desde aquel día no he vuelto a escribir; cientos de hojas permanecen sobre mi escritorio, otras sobre la cama, cada una con largas frases que no siempre concuerdan. He leído estas frases a cada uno de mis amigos que, a propósito, se han ido adueñando de las habitaciones. Ana y Luis ocuparon el cuarto de mis padres, que todavía mantiene la misma decoración, al igual que todas las habitaciones en esta casa, las cortinas azules, la colección

de autos a escala, las perlas en un joyero de cristal, la estola rosa gastada sobre el espejo de mimbre. Y en el ropero: los vestidos de seda tornasol de mi madre, los trajes oscuros de mi padre, que aún mantienen su aroma a cigarrillo, y varias fotografías colgadas en marcos circulares; estas fotografías definen el límite entre los recuerdos y el presente, límite que he ido perdiendo durante los últimos meses.

Un día les leí mis relatos. Luis llevaba puesto uno de los trajes de mi padre y jugaba con la colección de autos. Ana se mecía con la estola rosa frente al espejo de mimbre, cuando terminé de contar el relato permanecieron en silencio, con la mirada fija, luego hicieron preguntas obvias, para evitar decirme que en realidad no me habían entendido.

Después intenté compartir mis relatos con María, que estaba en la habitación contigua, sentada junto a la ventana. Nunca comprendí cómo podía disfrutar de una habitación inundada por la humedad, llena de grietas en el techo y manchas amarillentas en las paredes. El olor a naftalina emanaba del baúl cuando lo abría para jugar con los camisones y los sombreros de paja. Se quedaba tardes enteras viendo las fotografías de los viajes de la abuela. Esa era la habitación de la abuela.

María me escuchó en silencio, cuando terminé, sonrió sincera y sutilmente. Las partículas de polvo a través de la luz de la ventana empaparon su rostro. Me acordé de usted que siempre comprendía mis relatos, y que yo disfrutaba de sus atinados comentarios acerca de los personajes, mientras usted dejaba el vaso de agua y las píldoras sobre mi escritorio después de haber tomado mi presión.

María no dijo nada. Vi a César que pasaba por la puerta. Salí y comencé a leerle mi relato. Ni siquiera me oyó. Él estaba convencido que descubriría los años de la casa sólo viendo cada una de sus grietas. De nuevo me encontré solo, con los papeles en mano junto a las escaleras. Entonces escuché el mismo bolero desde su habitación. Creí que había regresado. Bajé apresurado por las escaleras, tropecé golpeando mi cabeza contra el suelo. Igual que aquel día, escuché el mismo bolero, recuerdo haber permanecido varios minutos en el piso antes que usted apareciera con el rostro sudado y el pelo alborotado, antes de que me levantara del piso asustada, me llevara al living y deslizara compresas, alcohol y algodones por la herida de mi rostro varonil y desgastado.

Ese día estuvo tan cerca mío que agradecí el dolor que sentía en el cuerpo. Tengo que confesarle que comencé a preguntarme por qué escuchaba un bolero tan triste. Me llené de ansiedad y tristeza por no saber qué le sucedía. Siempre tenía el mismo sueño: usted bañada en lágrimas sobre la cama. Maquinaba en mi mente situaciones en las que la tenía entre mis brazos, limpiándole esas lágrimas y besándola. Cada vez que oía el bolero me quedaba junto a la puerta sin valor para acercarme.

Espero que usted se sienta feliz por mí. Mis amigos me han llenado de momentos agradables en los últimos meses; cada mañana iniciaban un juego nuevo junto a doña Francisca, que venía a hacer la limpieza –seguro recuerda cómo balanceaba su cuerpo robusto. Ellos se escondían en el baúl de la abuela, en la cocina, detrás de la enredadera de los ventanales del living, mientras yo abría la puerta y me escondía detrás de María. Doña Francisca se la pasaba gritando y buscándome, sin comprender cómo una sola persona podía causar tanto desorden. Entonces me dejaba ver para que se iniciara el juego. Ella trataba de embestirme como un toro enfurecido por los pasillos, mientras me gritaba que estaba loco, hasta que resbalaba y al fin reíamos a carcajadas porque la habíamos vencido.

Querida Laura, he vivido días felices en los que la lucidez no era un problema. Hace dos semanas fue mi cumpleaños. César hizo una cena exquisita, Ana y Luis decoraron el living con flores, llenaron las paredes con los listones que hicieron de los vestidos de mi madre. María se encargó de la música, puso unos discos de jazz que había encontrado en el baúl de la abuela. Nos deleitamos con la comida y un licor de menta, pasamos toda la noche a media luz. Ellos escucharon cada uno de mis relatos con atención. Después salimos al jardín, gozamos del cielo con la viveza de sus estrellas y permanecemos acostados en el jardín. Me quedé pensando en usted hasta el amanecer, en su delicadeza, sus cuidados y su tristeza. No quise lastimarla Laura. No quise entrar a su habitación aquel día, hubiera preferido jamás descubrirla así.

Pero el motivo de mi carta es, como le dije, el miedo que me ha invadido desde esa madrugada. Mis amigos han decidido jugar con mis nervios: desaparecen en las habitaciones, en los trajes, en el espejo de mimbre, en el baúl de la abuela y en las grietas de las paredes. Ellos se han convertido en polvo. No quiero juzgarla como lo hicieron todos. No quiero hablar de lo que dijo mi hermana ni de los chismes de las vecinas.

Quiero hablarle del momento en que abrí la puerta y observé su rostro extasiado, de los genuinos gemidos que dejaba escapar de sus labios –espero comprenda mi rabia. Siento rabia, no hacia usted sino hacia mí mismo, por destruir todo cuanto había imaginado. Descubrir a ese hombre que introducía en la casa sin que lo sospechara. Verlo con los pantalones abajo, meciéndose sobre usted que apretaba su espalda con las piernas. Me odié tanto al descubrir que el bolero era una excusa para cubrir sus gemidos. Lamento haberla golpeado, haberme encerrado, que llegara la policía, que mi hermana la echara de esa forma y la noticia en el periódico, lamento la sangre derramada sobre el piso.

Esta es la razón por la que he sido tan extenso en mi carta: el miedo. Porque los pensamientos me invaden, porque no sé hasta cuándo me dure la lucidez, porque mis amigos han desaparecido y, gracias a ellos, el médico me ha dado su último veredicto, porque voy a quedarme estancado, porque el tiempo pasa y las personas como usted continúan, porque ahora mi único oficio es escribir sobre un viaje hacia la nada.

Espero que esta carta llegue a sus manos.

CENIZAS

PABLO CÉSAR ESPINOZA

Ella llegó a su casa luego de cruzar la calle donde bajó del micro, que la paseó toda la tarde por la trancadera del mercado.

Donde cruzó las piernas (prendió su cigarro) pagó con billete y pidió más cambiado.

Donde los doncitos le silbaban y gritaban "mamacita", mientras ella cerraba la ventana y descansaba los ojos, para encontrarse nuevamente sola, entrando por el living hacia el patio que da a la calle.

(Afuera: los bomberos ya casi apagaban el incendio de un micro).



Un moreno y Pablo César Salinas

DE LÁGRIMAS Y RODILLAS

ANTONIO AYALA

A Samily

“¿Cuál es tu problema?” –Se escuchaba desde el otro lado del cuarto– “Si tienes ganas de pelear, no tengo por qué escucharte.” Él la miraba, ahora en silencio, con el reproche entre los dientes, interrumpido por aquella pregunta que tanto conocía. Adivinó, con ajustada seguridad, que la pregunta no exigía respuesta. Ella, con mucho esfuerzo, se llevaba las manos al rostro. El llanto que derramaba parecía no avergonzarla, en absoluto.

Una blusa verde con un ligero escote, el pantalón ajustado como a él le gustaba y unas zapatillas cafés que solo ella podría calzarlas con tanto carácter, eran el condimento ideal para alimentar el malentendido. Él sabía que, al otro lado del cuarto, estaba ella: solidariamente atractiva. Alguna vez discutieron de manera similar, pero nunca – hasta ahora – tuvo que enfrentarse a ese llanto tan frío e inescrutable que veía en ella. Normalmente ella disimularía sus lágrimas, sinónimas de una debilidad inaceptable para su orgullo. Esta vez no sería necesario. Un sentimiento ajeno a la tristeza, era el causante de tan salada manifestación ocular. “Si tienes algún poema en el bolsillo, ahora sería buen momento para obsequiármelo”, le dijo, más resignada que expectante. Él dobló las rodillas hasta alcanzar el suelo. Una vez acomodado, empezó a revolver los papeles que allí se encontraban, esparcidos y arrugados, indistintos al contenido. Recordaba que algo parecido a la exigencia de su pareja, descansaba oculto en su desorden, mientras desplegaba algunos papeles, y leía otros, ella lo miraba, desafiante. “Que obediente eres. Ahora solo falta que te levantes e inventes otra estupidez acerca de mí”, reclamó, al tiempo que se aclaraba la garganta y los ojos. Él ofreció una disculpa, con miradas y expresiones faciales propias del remordimiento que cargaba. La tensión era tal que, motivados por las ganas de salvar la situación, intentaron una especie de acercamiento.

Él, dejando de lado los papeles. Ella, colgando sus resentimientos. “A veces me odio, cuando consigo que te sientas como ahora”, dijo por fin, alejando el silencio del cuarto. Ella frunció el rostro, solo lo suficiente para demostrar que “a veces” no era lo que esperaba escuchar. “Tengo miedo”, se escuchó por la esquina donde ella aguardaba. Arreglaba su cabello castaño, quería sentirse coqueta y así olvidarse que había llorado delante de un hombre. Ajustó sus aretes, más para asegurarse que siguieran en su lugar. No necesitaba maquillaje. Las lágrimas no podrían borrarle el encanto, o al menos eso pensaba él, mientras miraba como ella, en la esquina opuesta, ordenaba su belleza. “Hablamos en otro momento, ¿Quieres?”, sentenció con firmeza. Poco después, como prediciendo que no habría ninguna escena – por parte de él – que la obligue a quedarse otro instante en aquel cuarto, cruzó la puerta y se alejó.

Él volvió a doblar las rodillas, esta vez solo lo necesario para que su cabeza se descargue en medio de ellas. Ahora era él quien rompía en llanto. “Bien, de veras que bien”, se remordía sujetando sus cabellos. No era para menos. Una hora atrás, ellos disfrutaban del placer de

abrazarse, recostados al borde de su cama. Ella acercaba sus labios contra los de él, sin tocarlos. A él le fascinaba tener que buscar los de ella, aunque estos volvían a alejarse y le den la impresión de alcanzarlos nunca. Fue entonces que, la imposibilidad de permitirse una plenitud junto a ella, descontrolaron sus palabras: "*¿Sabes? La verdad, deberías buscar otra forma de besarme. Quiero besos novedosos.*" Ella, más herida que indignada, se incorporó bruscamente. Retrocedió hasta encontrarse con la esquina. Él, como reflejo de lo sucedido, ocupó la esquina opuesta.

Ahora, a medida que el llanto mojaba las hojas que aguantaban su tristeza, se disculpaba repitiendo: "*Yo también tengo miedo.*" No fue hasta ese preciso instante que, al soltar una lágrima de rutina, encontró lo que su pareja le había pedido como retribución a su delito. "Instrucciones para llorar" de Cortázar, lo más cercano a un poema. Presionando el papel por la prisa que tenía por levantarse, rebuscó en su escritorio algo con que escribir una dedicatoria digna de un "lo siento". Estaba hecho. Ahora faltaba cobrar valor y cruzar la puerta para salir a buscarla.

Para ocultar su parcial desnudez, consiguió apenas colocarse una camisa, sin siquiera abotonarla correctamente. Afuera, muy cerca de alcanzarla, el cuerpo entero le temblaba. Cuando la distancia parecía desaparecer, muy decidido, pensó en un futuro obsequio para ella. "*Si. Nos vendría de maravilla.*", dijo para sí, escogiendo por adelantado las "Instrucciones-ejemplos sobre la forma de tener miedo", también de Cortázar.



HUMECTANTE DRINA ROCABADO H.

Llegas de prisa al cajero automático y hay alguien dentro la cabina, parece que es su primera vez porque demora horas en salir, te acomodas a unos cuantos pasos de distancia, dejando espacio para que las personas pasen caminando delante sin tener que bloquear la vereda, tienes prisa, tu jefe tiene una reunión en media hora y espera que su eficiente secretaria este ahí tomando apunte de todo, para colmo te toca un ignorante en maquinas, ¡Que fastidio!

Llega otra persona que se acomoda convenientemente cerca a la puerta del cajero sin tomar en cuenta que tú estás primero en la línea, apoya su pie en la pared, acomoda su brazo en la cintura como en una posición de artista de película y te envía una sonrisa ridícula.

Sin ningún reparo, comienza a mirarte de pies a cabeza, sientes que sus ojos se están paseando sin permiso alguno sobre cada milímetro de tu cuerpo, se fija en tus pies desnudos que están protegidos por unas delicadas sandalias de tacón alto, no disimula su antojadiza mirada al ascender por tus piernas al descubierto, tu falda de corte sastre que es bastante corta impide que se detenga mucho por entre tus piernas; no sabes cómo sacarte de encima a ese mequetrefe, estas totalmente incomoda con su lasciva mirada, te mueves mirando a otro lado, intentado llamar a la oficina, pero el aprovecha para explorarte por la espalda y la curvatura final, te sientes acosada con esos ojos libidinosos que prácticamente te asaltan, el se detiene sin ningún pudor a zambullirse en tu amplio y profundo escote que muestra mucha piel para los ojos curiosos.

Te sientes incómoda con ese tipo en frente, atinas a sacarte el pinche puntiagudo del moño que le haces notar con tono agresivo arreglándote tu impecable cabellera recogida, que sientes él ha husmeado también. Llevas tu mano a tus lentes como si estuvieras dirigiendo y ampliando la visión al espécimen ese y lo miras seriamente, tratas de poner la cara más desagradable posible, de tal modo que deje de mirarte, darle además el mensaje de que no eres del tipo de mujeres que hace amistades con desconocidos y menos aún en una cola de cajero automático, peor con esa calaña de desubicados.

- No te preocupes tú estás primero, dice él, a las Reinas no se las hace esperar

Te fastidia su forma de hablarte, sin que lo note lo revisas de pies a cabeza, pasando tu scanner visual sobre él, y catalogándolo. Zapatos negros completamente lustrados, pantalón de vestir a cuadros, totalmente fuera de moda, una desprolija corbata, cabellera corta y desaliñada, caspa sobre la camisa, tiene pinta de oficinista, te llama la atención a gritos su camisa descolorida totalmente transpirada en las axilas y de inmediato te repele, imaginariamente te pones un gancho en la nariz. El no deja de mirarte, tu le respondes con una sonrisa irónica y chocante.

Por fin es tu turno para entrar al cajero, y al caminar hacia el cubículo notas como él te devora con la mirada. Tratas de hacer tu operación bancaria lo más rápido posible, porque tienes encima la mirada lujuriosa de ese sujeto que parecería atravesar el vidrio del pequeño

espacio en el que te encuentras. Te está observando sin ningún disimulo, lo imaginas antojándose de tus formas.

Sales rápidamente y te lo topas esperándote con una tarjetita en la mano.

- _ Para cualquier cosa, Corazoncito.
- _ No; gracias -atinas a decir
- _ Chau, Mamita -te dice como si nada

Sales disparada de ese lugar con la mirada acechadora del sujeto sobre ti.

Te preguntas ¿Qué se habrá creído? ¿No se dará cuenta lo ridículo que es? ¿A qué tipo de mujeres les gustarán esta clase de hombres? ¿Creerá ese personaje que va a conquistar mujeres de esa forma? ¡¡ Baboso!!

No puedes desalojar de tu cabeza al individuo ese particularmente esa su mirada cazadora como zorro al acecho, esa contemplación a tus formas por demás lasciva; antojadiza, complacida, como si estuviera esperando saltar en cualquier momento sobre su presa y devorarla entre sus fauces.

Mientras caminas, tus pensamientos te llevan hacia atrás nuevamente, al cajero automático, lo imaginas entrando en él torpemente y haciendo un ruido en la boca, juntando los dientes y aspirando el aire, como si estuviera absorbiendo algo: “ssssss”.

Ricura- te dice y se pega bruscamente a ti por la espalda, sientes su boca jadeando en tu oído, de repente su lengua esta paseando por los pliegues de tu oreja, y percibes su aliento a ajo y cebollas del almuerzo de hace horas, seguro que no sabe que existe el hilo dental y el cepillo de dientes. Te toca tus desnudos brazos y sientes sus manos pegajosas y traspiradas humectando tu piel y desalojando tu loción de albaricoque. El sigue y tú estás inmóvil, no quieres ni respirar siquiera. Torpemente baja por tu espalda con los brazos, bruscamente te levanta la falda y de repente, sientes una mano que te esta tocando el hombro, te das la vuelta bruscamente y es el tipejo de nuevo.

- Insisto en que te lleves mi tarjeta, Preciosura

Tomas el cartón, das la vuelta y te vas pensando que nunca se sabe de donde provienen los momentos más intensos.



Drina Rocabado

LA INQUILINA

MARIA ANGÉLICA ARANCIBIA

*Esperanzado, nada tengo. Un viento,
acaso, que me enlaza a lo lejano.
(Rafael Guillen, poema la espera y esperanza.)*

“Así como el paisaje puede cambiar y las estaciones responden a circulares ciclos de vida y muerte, algún día nos volveremos a cruzar...”

Eso era todo lo que se leía en aquella hoja arrugada. Trescientas sesenta cartas respondieron a aquella nota. Una para cada día. La trescientas sesentaiunava no existió.

Feriado de viernes santo. Alrededor de las nueve de la mañana, un montón de gente se posa aglomerada en la puerta de la casa; una construcción sobre la calle Alexandre, remodelada las veces necesarias como para sobrevivir al deterioro de décadas, y que resaltaba por su tamaño y los arcos dispuestos como cerca, que desnudos aún, ostentaban brotes que anticiparan un frondoso verdor estival.

De pronto en la puerta principal se ve aparecer una mujer rolliza, es la dueña de casa, quien trae a su largo y negro gato apretujado por su grueso brazo contra el pecho. Perturbada por la muchedumbre, saca la mitad del torso por la puerta entreabierta y estira su brazo para colgar un pequeño letrero:

“Cuarto disponible para alquilar.”

—Intentó estrangularse —Se escuchó una voz gangosa— Anoche, pasaba en mi patineta y pude ver una sombra colgada, se movía como un péndulo, pero entre la sogá y sus huesos, yo creo que ganó su peso. —Agregó al final con una mueca sardónica, el vecino pecoso que vivía en la siguiente esquina.

—Se va a ir directito al infierno, se los garantizo, ¿acaso no sabía que la vida es prestada? .Una gracia en deuda, —decía con ímpetu una señora famélica y canosa, aplastando con el pie el cigarro que había terminado recién de fumar, persignándose azorada mientras hablaba.

—Yo que creí que ese cuarto con una sola ventana no era habitado —Agregó el abuelo del frente perplejo rascándose la barbilla, quien cada mañana al igual que muchos se asomaba a su ventana, contando los días para salir a celebrar el preciado sol primaveral, convirtiéndose en razón de alegría colectiva después de un largo y blanco invierno.

— ¿Qué se llamaba? ¿Y si era una espía? ¡Imagínese! deberíamos denunciar a cualquier sospechoso, por el bien de la comunidad— Agregó la cajera que atraída por la curiosidad había dejado su tienda abandonada.

Toda la cuadra ya tenía algo nuevo de que hablar, y pasaban por la calle mirando la casa

vieja con cierta curiosidad morbosa. Pero yo, no tengo mucho que decir, sólo doy testimonio de los acontecimientos sucedidos antes de que haya vacancia para un nuevo inquilino, antes de aquel viernes santo.

Puedo ver aún muy nítida a Matilde, la inquilina del segundo piso. A veces el evocar es como releer pergaminos bajo la llovizna; pero ella está tan fresca, como mezcla reciente de concreto y al tocar su memoria, temo queden impresos rastros inevitables de mis huellas.

Como toda buena criatura hecha de hábitos, Matilde dejaba después de la quinta taza de café el escrito del día encima del escritorio-comedor; alzaba la mirada para escudriñar velozmente todas las vasijas, al final cualquiera podría ser urinario, en vez de tener que salir al baño que era común para los inquilinos del piso.

Evitaba salir de su pequeño cuarto; pero lo hacía cuando su humor se expandía, era necesario todo un ritual para recuperar la corporeidad y salir de allí como ser humano.

—Cuanto tiempo tendríamos si nouviésemos que ocuparnos de tantos orificios —protestó, apretando los muslos— ¡Nadie a la vista! —Y salió Matilde al baño corriendo en puntillas, arrancando desdeñosos crujidos al reblandecido piso de madera de aquella casa solariega.

Matilde dejó de ir a trabajar, el clima ya no podría ser excusa. El invierno se retiraba, y de él quedaba trozos de hielo sucio en las aceras que se iban adelgazando con lentitud.

—¿No pagas impuestos? ¡No aportas a la economía! estas a un lado de la sociedad, podría creer que “no existes”. —Dije en voz alta; pero ella ni siquiera parpadeó ante mi comentario.

Parecía haber perdido el interés por las cosas materiales. Como un espectro, se asomaba a la ventana, luego la veía escurrirse hasta la cocina común —cuando los demás inquilinos se habían salido— para hervir granos de maíz. Podría decir que a veces en algo se parecía a mí; otras, deseaba que se mudara y deshabitara este espacio.

Creo haber sido tolerante. Una vez soplé con fuerzas las cortinas, las hice suspender, y flamear como tentáculos de seda, cuando no era posible brisa alguna para justificar aquello. ¡Nada! sólo obtuve una aparatosa carcajada. Infló las mejillas, exorbitó los ojos y escupió todo el café en las cortinas. Confieso que nunca me sentí tan abochornado, sin embargo había algo en ella que domesticaba mi naturaleza.

Afuera se oía gritos y golpes, era la dueña de casa que peleaba en los pasillos con la escoba y su gordura. Seguro el gigante y viejo gato, mi eventual compañero de juegos, se enredó entre los hilos del vestido de su ama. Venía a barrer la puerta de Matilde para recordarle cuando pasaría el basurero y el número de meses de renta sin pagar.

—Estas porquerías sólo me hacen más tonta, ¿a quién le gustaría andar adormecido? — Interrumpe la voz Matilde para vaciar un frasco de pastillas al inodoro, haciendo muecas burlescas. A veces cuando me guiñaba un ojo, me hacía al desentendido. La veía recitar con mil ademanes para luego cantar quejidos de soledad, y yo, a su lado como audiencia.

Matilde no sólo apilaba recetas médicas como servilletas viejas, y dibujaba bosquejos sin forma, sino que tenía esa costumbre de llenar todo el espacio con cachivaches siguiendo sus oscilantes humores.

Colgó bruscamente el teléfono y en el rostro de de Matilde se dibujó un gesto que no supe reconocer.

—Va a llegar, ¿cuándo es viernes santo? —Alzó la voz, se veía algo contrariada, tenía adormecida las piernas, pues llevaba horas sentada en su escritorio frotando sus dos orbitas congestionadas y ojerosas. No me gustaba verla así.

—Habrá recibido tus cartas, habrán cruzado el mar. — Le dije— “Pues nada eres si no tienes amor” eso oía seguido decir a algún anterior inquilino. Lo peor sería que nadie ya crea en ti. Pero, ¡espera! esa persona, la que dices que va a llegar y tú esperas, ¡cree en ti! Tienes que ponerte bien Matilde. —Agrégué con algún tono de entusiasmo.

Y después, como si Matilde fuese capaz de sintonizar mis buenas intenciones, pude ver un brillo repentino en sus ojos. Les digo: a partir de ese día, algo cambió en ella.

Pocos días antes de viernes santo, Matilde, la inquilina del segundo piso, traía en manos esa hoja arrugada. Era usual encontrarla de tiempo en tiempo, con los ojos fijos en cada oración, como hechizada por los sonidos que aquellas palabras hacían en su mente: “... algún día nos volveremos a cruzar”

Matilde parecía tener casi todo listo para ir al susodicho encuentro, guardó la trescientos sesentava carta escrita en su respectivo sobre. “El me dijo que llegará el viernes muy temprano” repetía incansablemente

Con los primeros rayos del sol, vi a Matilde volver a leer aquella hoja ya tan gastada, la sacudió como queriendo arrancar las palabras escondidas entre las fibras del papel. ¡Nada! ni una sola letra más, ninguna luz que revelara lo que mezquinaba su vista, ni entendimiento que desnudara el artificio de las palabras. Dejó la hoja en la cama. Al parecer, esta había enmudecido en el sótano de su cabeza.

Dio el último sorbo a su cuarta taza de café, tal vez en la quinta encontraría la codiciada lucidez que da respuestas, pero sólo sintió un ardor en el pecho y el fastidio del sudor recorriendo los surcos de la piel. Sacudió tres veces el puño, sin lograr una sola palabra en el papel.

Matilde intentó leer unas líneas de Romanos 14 “Sostenme con un espíritu voluntarioso” mientras el corazón le temblaba acaso reconociendo algo parecido a la felicidad entre tanta congoja y mil cosas que ya no supo reconocer.

Confieso sentí lastima por ella. Volvió a tomar esas medicinas y parecía ser que se esforzaba. Sabía que me escuchaba, pero últimamente ya no me tomaba en cuenta, y yo

detesto no me tomen en cuenta. Aburrida para mi gusto, igual que el resto, su alrededor se hizo más triste y sombrío aún, como si el espantar las alucinaciones la hayan dejado demasiado vacía. Ya sentía que su presencia me irritaba.

Matilde no encontraba palabras para escribir una siguiente carta, la trescientos sesenta y uno. Lo había hecho una para cada día. El sonido del teléfono la devolvió de sus cavilaciones

—Sí, entiendo, es lejos... —Parecía que contenía la respiración, mordiéndose los labios hasta sangrar. Sospeché en ese momento, que ese podría ser el inicio de uno de esos juegos que solíamos disfrutar a veces, pero no.

— ¡No vendrá! —Gritó Matilde, destrozando todo el cuarto, que hace segundos como nunca lucía muy bien ordenado, haciendo añicos el vestido de niña que pensaba usar.

Atizó en el basurero todas las cartas y al final tomó a la hoja arrugada, la estrujó en su puño, luego con pesar alisó el papel con ambas palmas y la humedeció con lágrimas.

—Odio estos segundos de lucidez, los odio porque duelen. Y el dolor de la locura no tiene cura. —Dijo al final como si hubiese encontrado un gran entendimiento de las cosas. Y mientras aquella débil llama en los papeles del basurero tendía lentamente su sombra como un indiferente bulto más.

¡Pobrecilla! Matilde no debió creer. Es que para los humanos estas nimiedades parecen tan importantes. Pero saben, es curioso, en ese momento, tuve un sentimiento muy raro, me ruboriza confesarlo.

—La vida parece ser un frágil equilibrio, ¿no Matilde? —Logré decirle al oído, le obligué escuchar. —Querida niña, ¿sabes? nada fue al azar. Qué decir del teléfono que en tu cuarto nunca se llegó a instalar, y de la hoja color arrugada que dijiste llegó por correo, cuando en realidad entró por tu ventana una tarde lejana, traída por el viento, ese que silba en los recovecos, y lleva en su regazo las hojas secas otoñales. Tú recogiste la hoja amarillenta de papel, y simplemente la hiciste tuya con avidez, escribiendo cartas que hablan de esperar. ¿Las cartas? ¡Oh sí! si estiras tu brazo, te darás cuenta que están apiladas junto al desfiladero de frascos vacíos de café, debajo de tu cama —Y esto último que dije creo que ella ya no alcanzó a escuchar.

Les digo, ella era ya miserable, no merecía ya ser de carne. Esto fue todo lo que aconteció, nada más que confesar. Y yo aún sigo aquí, en la antigua casona sobre la calle Alexander, esperando... puede que hasta tú seas un próximo inquilino para habitar.

NOSOTROS SHARIEL BAPTISTA

Mi nombre es Galaiel y soy un ángel a sueldo. Dicen que fui creado mucho después que los otros, para reemplazar a algún ángel que quiso bajar a la tierra y ser un simple mortal, porque se había enamorado y terminado en alguna historia cursi.

En mi corto periodo de existencia, de unos trescientos años, he servido en diferentes puestos de trabajo: he posado como modelo para los variados cuadros en los que aparecía junto a vírgenes de toda índole; he protegido a una princesa huérfana sin que nadie le creyera que había sido una; he sellado tickets de cortesía en el cielo, para piadosos que asistían a la iglesia con una mano en el corazón y otra en la chequera; muchas veces he inspirado versos de amor a poetas y escritores tomando forma de mujer u otras formas; he sido escolta de un santo negro al que nunca le vi algún milagro y también me he desenvuelto, satisfactoriamente, como el encargado de derramar sangre por el tubito que se conduce hasta los ojos de un busto llorón. Ahora soy un ángel guardián, dulce compañía.

He trabajado siempre muy duro. Pero ésta es la única vez que mi trabajo me ha hecho cuestionarme acerca de la obediencia y cosas por el estilo. Hace ya siete años que cuido de Santiago Rocha Rivera. Debo decir que mis dudas empezaron el día en que el aburrimento me hizo mirar un poco más allá, en lugar de tener la mirada enfocada únicamente en Santi. Aquel día en el parque, cuando su padre cuidaba que no se cayera con la bici y su madre corría al lado, con su juguito, en caso de que le diera sed. Mi niño, estaba como siempre, ya bastante protegido; de todas maneras, yo lo seguía, tan cerca como su madre me lo permitiera, sin tener que tropezar con ella y resultar, de pronto, en alguna historia cursi. Esa tarde, por primera vez vi algo muy particular; a lo lejos, casi escondidos por algunos arbustos, vi las siluetas de un grupo de niños, de la edad de Santiago y algunos incluso más pequeños, jugando con una bolsa de basura que hacía las veces de pelota. Me conmovió especialmente uno que corría sujetando sus pantalones que amenazaban con bajarse y ponerle zancadilla en cualquier momento, por ser gigantes. No pude evitar pensar en los pantalones que la madre de Santiago echó a la basura, porque a su “tesoro” le habían quedado chicos; esos pantalones sin duda le quedarían perfectos al niño que corría a tropezones.

En otra oportunidad los volví a ver, era de noche, un grupo más reducido, pero ahí estaba el niño de los pantalones grandes; por la mirada y algunos rasgos, sospecho que debe tener siete años, la edad de Santi; aunque su cuerpito es diminuto. Hacía un frío terrible y me pregunté qué hacían estos pequeños caminando por la calle sin sus padres a tan altas horas de la noche. Al ver detenidamente sus rostros me di cuenta de que no tenían más padres que esta fría calle.

Ese día, al llegar a casa, me pregunté si esos niños tendrían un ángel guardián. Me parece que fue la primera vez que empecé a necesitar alguna respuesta a mis inquietudes.

Pregunté a algunos ángeles más antiguos y, con cara de desconfianza, me explicaron que si Santiago y otros niños tienen ángel guardián, es porque sus abuelitas se la pasan rezando por protección cada día y ofrendando por pagarla cada domingo. Tuve que entenderlo, o mejor dicho, tuve que dejar de preguntar, aún sin entenderlo.

Quiero mencionar, aunque sin detalle, las cosas que fui viendo de ahí en adelante, cuando ya tenía los ojos abiertos. La mujer con el bebé en la espalda que gritó con una voz tan débil y tan cortante al ser tumbada por el hombre, también clefero, que la agarró

violentamente de los cabellos; los niños que dormitaban al sol con las cabezas mal rapadas y sus incontables cicatrices en el rostro, sobrevestidos con montoneras de ropas ajenas; el bebé, que agitaba un molinito de viento hecho con papel y un alfiler, en brazos de su madre que, sentada a la puerta de un cine, aturdía su cerebro con la droga para no sentir el frío que empezaba a molestarle y el hambre que no dejaba de molestar; la mujer que una noche espantó a los niños que descansaban en su puerta, echándoles un balde lleno de agua, no imagino cómo los pobres consiguieron pasar, con sus ropas mojadas, toda aquella noche de invierno; las copiosas lluvias, las cuales ya no podía soportar mirando hacia fuera por la ventana del segundo piso, en el cuarto de Santiago, donde siempre se está tibio; imaginando cómo estarían ellos acurrucados contra sus perros, sin un mísero paraguas para protegerlos. Ya no era más yo. No entendía cómo esos niños que necesitan un techo, un padre, una madre, o aunque sea sólo uno de esos privilegios, estaban ahí afuera, matando lo poco que les quedaba de vida, embotándose con clefa como si fueran adultos que habían encontrado que la droga era la mejor manera de ir muriendo, después de haber decidido suicidarse lo más lenta y dolorosamente posible.

Así pasaban mis días, observando y cuestionando. Hasta que un día los escuché llorar. Entonces ya no pude más. No recuerdo haber vivido nunca algo más triste y más desesperante; tuve ganas de correr y consolarlos, de confortarlos. Pero no me está permitido descuidar ni por un instante a mi protegido, y ese día fui cobarde.

Ya en la noche me volví a preguntar por qué esos niños no tenían a nadie que los protegiera, o una abuela o algún extraño o aunque sea una monja encargada siquiera de rezar por ellos y por su protección; por qué la gente permite que lloren en sus calles, por qué nadie hace nada, por qué la madre de Santiago, en lugar de comprarle otra cama con diseño de autito, no utilizó ese dinero en regalarles siquiera una pelota; por qué los dejan mal-resolver sus problemas, como si fueran adultos que alguna vez tuvieron en su vida una sola oportunidad. En mí no encontré respuesta alguna. Entonces me dirigí a Dios. Le pregunté todas esas cosas y me respondió que los caminos del Señor son inescrutables; no le entendí. Le reclamé que esos niños tenían hambre y frío y me contestó que los había creado con libre albedrío y que ellos habían decidido su camino; me pareció una respuesta tan absurda. ¿Decidido su camino? ¿Había sido justo? Tal vez lo sería si todos empezaran como hojas en blanco, en el mismo lugar, con las mismas oportunidades y ventajas; tal vez entonces se podría decir que habían decidido su camino. Fue cuando me dejé ganar por las dudas, dudé de la justicia, del libre albedrío, de la existencia de Dios y de mí mismo. No faltó mucho para que la duda se volviera negación y entonces me rebelé y salí en busca de ellos. De los que se guarecen en una lata de clefa o una botella de alcohol, para acallar su dolor, para esconder sus sueños frustrados o evitar tener alguno; para no avergonzarse de lo poco humanos que se ven, y lo poco humanos que son las personas que los rodean; para no poner de manifiesto el egoísmo de los otros, los que hicieron bien con su libre albedrío y no terminaron alcohólicos, sólo porque se les permitió tener una oportunidad en la vida, sólo porque tuvieron la suerte de nacer en una posición y un lugar diferentes. Salí en su busca y los encontré bajo un puente, tratando de no morir de frío; comiendo basura, abrigados sólo con su soledad; amparados en su propia existencia de la cual ni siquiera son dueños. Así los encontré ese día, y desde entonces no he salido más de allí, no he querido moverme; después de todo no creo que Dios me castigue por mi rebelión ya que aquí nunca me encontrará, porque si existe, es seguro que por estos lados nunca viene. Desde ese día he inventado mi propia historia, la he repetido tantas veces que ya me siento parte de ellos, y

ellos me han aceptado; me he convertido en un ángel desposeído, un ángel rebelde; he llorado de hambre abrazado a ellos, rezando en puros disparates a algún dios inexistente para no morir de frío. He sufrido tanto con ellos que ya no son más ellos, sino nosotros. Pero allá la vida continúa; continúan las viejitas rezando por sus nietos, continúan los ángeles cuidando extra a los niños cuidados por su mami, su papi, sus abuelos y de paso la niñera. Continúan sus egoístas vidas porque a Dios y las familias bien, les gusta el mundo de las apariencias y siempre hacen como que no nos ven.



Shariel Baptista

¿POR QUÉ TE FUISTE MARÍA?

PATRICIA LIMA

Nuevamente estoy pensando en ti, mi María. Sentado te recuerdo con nostalgia. La brisa suave del atardecer me dice que el día está a punto de morir y con ella la esperanza de volver a verte. Me incorporo lentamente buscando en mis bolsillos algo con que distraer mi mente mientras tomo el tortuoso camino a casa, una pelota de goma hace ese trabajo.

Levanto la cabeza en alto para que mi tristeza no se note. Primero uno y luego el otro, mis pies parecen de plomo, como si quisieran quedarse esperando en aquel banco donde te vi por última vez.

¿Por qué te fuiste María? ¿Qué razón tenías? Siempre te adoré, más que a mí mismo. No logro entender el motivo de tu ausencia, nunca te faltó nada. Recuerdo las veces que llegaba muy cansado y tú te encontrabas dormida. Yo preparaba la cena y te despertaba delicadamente para darte de comer e incluso comíamos del mismo plato, juntos, para sentirnos más unidos. Por las noches te abrigaba muy bien para evitar que te enfermes y te cantaba al oído una canción para que sueñes y pienses en mí como yo pensaba en ti.

Recuerdo que te gustaba que te bañara. Odiabas el agua caliente, y la fría te hacía estornudar, así que tenía que ser muy cuidadoso con la temperatura. Y de tu ropa, ni que decir, siempre procuraba comprarte la mejor, la ropa de moda, con los colores de moda, todo según la temporada.

También recuerdo que salíamos a pasear por la plazuela, nos sentábamos en nuestra banca y veíamos como el sol agonizaba y nacía la luna. Esa era nuestra felicidad. Admirábamos las noches de luna llena como un hambriento admira un pedazo de pan en el mostrador de la tienda.

No me importa que la gente sienta mi dolor, el recuerdo de ti ha hecho que una lágrima resbale por mi mejilla y se pierda entre mis labios. Me queda la ilusión de que al volver a casa pueda ver tu silueta marcada en mi cama, tal vez en tu deseo de ser libre, hayas comprendido que el mejor lugar en el que podrías estar es en casa.

Cuanta falta me haces María, tu pelo, tu aroma, son detalles que ahora me faltan. Camino un poco más y me doy cuenta que estoy justo en la puerta, la gente que me mira parecen perdidos en sus mundos y algunos me observan con familiaridad y hasta una sonrisa. Busco las llaves en mis bolsillos y no las encuentro, tal vez se me cayeron en la banca, me desespero y comienzo a gritar esperando que alguien me las devuelva. Gentilmente, un hombre se ofrece a ayudarme a buscarlas.

–Otra vez don Javier... –le escucho decir con cierto tono de conmisericación.

–Hoy por lo visto habrá doble sesión –me dice el gentilhomme con confianza como si lo conociera de años. Miro a mi alrededor buscando las llaves y una respuesta a las chanzas de aquel sujeto y es ahí dónde te veo: tu pelo brillantado, tu aroma a callejones, tus ojos verdes, todo lo tuyo refresca mi memoria.

– ¡Horrible y malvada gata! ¡Desdichada María! ¡Vete si tanto quieres! –Te grito, pero no te inmutas. Sigues ahí provocándome, enloqueciéndome. Quisiera tenerte entre mis manos y acabar con tu inútil vida, quisiera hacerte sufrir como tú lo has hecho. Sin embargo ya no puedo, el buen hombre me aleja de tu presencia dándome palmaditas y consolándome ante mi pérdida.



Patricia Lima

SOLO UN PAPEL CESAR HUAYLLAS

En la Terminal, la gente indiferente va caminando con prisa a tomar sus respectivos buses. Frente a mí, con cara de un adiós, está Isabela, aferrándose de una pequeña maleta (muy poco equipaje para un viaje sin regreso) y en la otra mano un pañuelo de seda para limpiar los rastros de tristeza que dejaron caer sus ojos.

-lo siento Armando... las cosas son así... - con voz entrecortada, Isabela clava una duda en mi cabeza: ¿Por qué te vas?

Mientras el tiempo se congela a mi alrededor trato de sacar conclusiones del por qué te vas, el por qué me dejas con el corazón a punto de morir. Recuerda, Isabela, recuerda esos momentos inolvidables que pasamos caminando, tomados de las manos por el parque, riendo, jugando en el pasto, despreocupados de la vida. Recuerda esas noches de insomnio donde escuchamos música hasta el amanecer, recuerda esos trágicos momentos en la cocina, en la que por iniciativa propia creamos nuevos platos culinarios. Cada momento era único y especial, hasta pensamos que el destino se apiadó de nuestras vidas y decidió encontrar nuestros caminos para que al final existiera un "...y vivieron felices para siempre".

Aun sigo pensando el por qué te vas, ¿talvez sean problemas de dinero? No importa eso tiene solución, conseguiré un segundo trabajo ¿o tal vez sea que no puedes tener hijos? Eso tampoco importa, adoptaremos y seremos una gran familia, ¿o talvez te sientes culpable por que tuviste un amorío con otra persona?... bueno, no sé, igual te perdonaría, aún dolido lo haría, porque te amo, te amo...

El tiempo vuelve a tomar su caminar, las ideas y recuerdos llegan a disiparse poco a poco, la voz de la chica de informaciones avisa que el bus que me alejará de ti saldrá pronto. Una molesta luz golpea mis ojos y me siento cómo observado por el gentío indiferente. Entonces miro tu rostro y en ese momento me doy cuentas que debo decirte que te amo, mas noto que miras con desesperación y premura el bus, te despides y te alejas, voy tras de ti... debo decirte algo... espera, no...

- ¡Corte! ¡Se queda la toma! -la voz del director me saca de mi papel.

-¡Un aplauso para Claudia y su co-estelar! -el director me abraza mientras todo el staff aplaude fuertemente.

-con esto termina el último capítulo de la serie, tómense un descanso... se lo merecen-
Claudia me atrae hacía ella y me murmura al oído:

-Hoy los niños estarán con su papá... te espero en mi departamento... galán -Claudia se
aleja y yo me quedo solo. El tiempo vuelve a parar. Se congela nuevamente todo a mí
alrededor. Entonces me pregunto: ¿Qué hubiera pasado si le hubiera dicho a Isabela que la
amo?.

TOHOLOK'AUS GIO FOSATTI

*“A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto,
y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.”*

Oscar Wilde

El teniente de la NASA Stanley Taylor, piloto de la Nave SS Prophecy, luego de una desventurada serie de errores de cálculo en las coordenadas de su trayectoria, se vio forzado a realizar una maniobra de aterrizaje forzoso en la espesura más profunda del Amazonas. La primera misión de búsqueda y rescate tuvo que demorarse seis días hasta conseguir la respectiva autorización de las Naciones Unidas y del gobierno, así como la asistencia necesaria por parte de ambas entidades. Gracias al sistema de rastreo satelital, se pudo encontrar con relativa facilidad la capsula de emergencia de la nave, pero no se encontró el más mínimo rastro del teniente Taylor. A lo largo de los siguientes seis meses se realizaron otras tres misiones de búsqueda y rescate sin ningún resultado. Durante los siguientes seis años, la familia Taylor financió cuatro expediciones más antes de abandonar la esperanza de recuperar aunque sea el cadáver de su querido Stan para darle cristiana sepultura. El estado de Stan Taylor pasó a ser de Perdido en Acción, se ofició un entierro simbólico donde le otorgaron las más altas condecoraciones y se cerró la página.

Transcurrieron varios años hasta que la selva Amazónica decidiera abrir un nuevo capítulo. El explorador y antropólogo Mesías Limachi, encargado del proyecto de protección de culturas originarias del oriente boliviano, durante una incursión nocturna en busca de una oscura tribu nómada, avistó lo que parecía ser un hombre en traje de cosmonauta corriendo por la jungla. Detrás de él corrían indígenas en una suerte de formación de cacería. Varias fueron las conjeturas suscitadas por este hecho, la posibilidad de que se hubiese tratado del teniente Taylor entre ellas. Sin embargo, el Consejo descartó casi inmediatamente la factibilidad de realizar una nueva expedición de búsqueda debido al costo e intromisión que representaría para el proyecto de protección de culturas originarias. Se optó por considerar el evento como una alucinación fruto del exceso de trabajo y de una fiebre selvática, sosteniendo que resultaba virtualmente imposible creer que un hombre hubiese podido sobrevivir durante tanto tiempo solo en el Amazonas.

Mechi había consagrado su vida a su trabajo, al provenir él mismo de una minoría indígena amenazada de extinción. Había sido rescatado cuando aún era muy pequeño, creció y fue educado en un contexto occidentalizado y fue becado para cursar sus estudios superiores en Estados Unidos; pero siempre supo que su destino se encontraba en el corazón de la

Amazonía. Como profesional estaba consciente del impacto negativo que podría desencadenarse a raíz de una injerencia directa en el territorio de estudio; al final de cuentas le había tomado un año rastrear a los Toholok'aus y un poco más observar sus costumbres a través de los rastros que dejaban, siendo el reciente encuentro fortuito el primer contacto visual que se hacía de la tribu. Sin embargo, la idea de abandonar a un hombre a su suerte en la inclemente selva le parecía totalmente inhumana. A pesar de las advertencias de sus compañeros y las amenazas de sus superiores, al día siguiente el licenciado Limachi recogió su equipo y se embarcó en una cruzada personal sin decir nada a nadie.

Al tercer día de haber iniciado la búsqueda, luego de perderse rastreando a los nómadas, Mechi llegó a un claro en la selva, cerca del río Guaporé, donde al parecer los Toholok'aus habían estado recientemente. Sin darle tiempo de ponerse a resguardo ni de alcanzar ningún instrumento de defensa, emergió una Shushupe, cual relámpago sobre la superficie del río, con las fauces abiertas dispuesta a clavarle los colmillos. Por puro instinto de supervivencia, Mechi dio un salto hacia atrás, lo que evitó que la mordida se ciñese sobre su vientre, pero dejó la pierna izquierda a la merced del reptil que implantó su mortal veneno con un eléctrico beso cargado de agonía y estupor. Justo antes de desmayarse, llegó a distinguir vagamente las formas bípedas que lo arrastraron lejos del peligro.

Su vida se vio reducida a escasos destellos de lucidez en medio de una constante marea de fiebre y alucinaciones. El paisaje cambiaba cada vez que despertaba, como si se mantuviera en constante movimiento. Al sentirse aún con vida, dedujo que alguien le había estado administrando el antídoto que llevaba en su botiquín médico, aunque las dosis no fueran las correctas. Entre sueños y pesadillas, sentía que alguien lo estaba cuidando, casi maternalmente. Al parecer, los Toholok'aus no eran los salvajes inmisericordes que había imaginado por las conjeturas que había logrado a través del estudio de sus costumbres. Durante los breves momentos de conciencia, había podido observar parte de la vida comunitaria de los indígenas. Montaban campamentos rudimentarios, apostados contra los troncos de los árboles con ramas gruesas, contruidos a partir de lodo y maleza. Estos no duraban más de un par de días o una noche de lluvia.

Las labores de caza, pesca y recolección eran compartidas por todos los miembros de la tribu y la selva los proveía con todo lo que necesitaban para vivir. Al vivir aislados del resto del mundo, se regían por un sistema polígamo y endogámico en el que todos los adultos, tanto varones como mujeres, se responsabilizaban de igual manera por el bienestar de todos los menores. Llevaban a cabo sus actividades sobre todo durante la noche, descansando y guareciéndose del agobiante clima durante el día. Lo que más llamó su atención fue la

armonía de sus interacciones dentro de la aparente carencia de un sistema jerárquico; actuaban como si fueran un solo organismo, una colmena. Solo existía un elemento disonante, un miembro de la comunidad singularmente alto y corpulento que se mantenía al margen de todos, especialmente de él.

Llegó el día en que este misterioso hombre, temido y respetado por todos, se le acercó y, en un oxidado inglés, le preguntó si se sentía mejor. Mesías asintió con la cabeza mientras a su vez le preguntó al extraño si era el teniente Stanley Taylor, aunque la respuesta era más que obvia. Stan se disculpó por no haberse presentado antes, explicando que había estado muy ocupado haciendo unos cálculos muy importantes para la tribu. Según lo que iba describiendo, los Toholok'aus eran astrónomos apasionados y, en su propio sistema, matemáticos muy precisos. Debido a estas características, el teniente no había tenido problemas para simpatizar y comunicarse con ellos. Hablaban en "matemáticas" que, según Taylor, más que un lenguaje universal era la lengua del universo. Al parecer, los movimientos de los astros regían la vida misma de la tribu; habían desarrollado toda una doctrina a partir de la observación del immaculado cielo nocturno del Amazonas. Este hecho sorprendió de sobremanera a Mesías, ya que el no haber encontrado evidencia de ritos funerarios lo había llevado a pensar que no habían desarrollado ningún tipo de religión.

Ya había pasado cerca a un mes desde que Mesías empezó su viacrucis y resultaba más que evidente que Stan ni necesitaba ni quería ser salvado. Sin embargo, ahora tenía la oportunidad de conocer la cultura Toholok'aus de primera mano. Ya podía incorporarse y observar a los indígenas más de cerca, sin embargo ellos lo evitaban con una mezcla de respeto y temor. Guardaban una celosa distancia hacia todo lo que representaba el mundo exterior del que él provenía, el mundo de hombres con rifles y excavadoras que los amenazaba constantemente. Pronto descubrió que resultaba más provechoso indagar sobre las costumbres de la tribu durante sus charlas con Stanley, así fue como descubrió que los Toholok'aus se consideraban guardianes del mundo. Su creencia, de forma similar a algunas culturas cargo del Pacífico sur, era que la vida humana en nuestro planeta había sido originada por seres de otro mundo que algún día volverían para pasar juicio sobre sus acciones. Hasta el día de su retorno, ellos debían vigilar constantemente los cielos para asegurarse de que no se infiltrasen seres malignos. Durante generaciones habían desarrollado sistemas de observación y cálculo de los movimientos astrales, los cuales permitirían la incursión de estos demonios, y los avistaban para cerciorarse de que no se tratase del fin del mundo. Aparentemente, sus procedimientos eran casi infalibles durante la noche, pero desde hace un par de décadas habían detectado el movimiento de nuevos cuerpos en el firmamento que no podían calcular con sus métodos. Se trataba de los

satélites artificiales puestos en órbita por el hombre.

Durante mucho tiempo pensaron que se trataba de un nefasto augurio, ya que no podía ser previsto por sus cálculos, más aún ya que el primer avistamiento coincidió con la desaparición de un niño de la tribu. Años más tarde llegó el teniente Taylor, hecho que fue interpretado como el retorno del niño después de un viaje astral, lo que explicaba su transformación fenotípica con respecto al resto de la tribu. Stanley tenía cartas y mapas de la trayectoria de los satélites que podían ser observados desde el hemisferio sur. De esta forma, se transformó en una suerte de chamán para la tribu, prediciendo los movimientos de los cuerpos celestes que los Toholok'aus no podían calcular y guiándolos para los avistamientos cada luna nueva.

La llegada de Mesías había causado gran confusión en la tribu, ya que compartía rasgos físicos con ellos y aparentaba la edad que tendría el niño que desapareció hace años. Incluso encontraron marcas y lunares característicos de la tribu, lo que los llevó a considerar que él pudiese ser el niño perdido. El hecho de sobrevivir a la mordida de la Cobra lo había transformado en un ser superior, razón por la cual habían cuidado de él y lo habían aceptado en la comunidad. Sin embargo, según lo que explicó Stan, la presencia de ambos creó para la tribu una paradoja espaciotemporal: dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo, especialmente cuando se trata del mismo cuerpo proveniente de dos espacios y tiempos distintos. Ellos creían que cuando el cuerpo de un Toholok'aus queda sin esencia vital puede ser controlado por las entidades del cosmos. En suma, la tribu había llegado a la conclusión de que uno de los dos era un espíritu maligno suplantando al enviado de los dioses. Para resolver este dilema, Mesías debía vestir el sagrado traje del espacio y guiarlos hacia un nuevo avistamiento durante la próxima luna nueva, la cual coincidentemente sería esa misma noche.

Mesías sentía la inminente presencia de la muerte acechándolo; Stanley ya le había explicado la razón por la cual no había encontrado señales de ritos fúnebres: los Toholok'aus devoraban los cadáveres para evitar que sean poseídos por demonios. Si no podía guiarlos hacia algún avistamiento cósmico lo destazarían para luego consumir su cuerpo en un festín ritual. Si por alguna casualidad lograba su cometido, el teniente Taylor serviría de sacrificio. Al caer la noche se puso el traje de astronauta y empezó a correr por la selva en una frenética carrera, mientras Stan y los Toholok'aus lo seguían de cerca. Al llegar cerca del río, casi al despuntar el alba, se quedó sin aliento y cayó de rodillas a la orilla. La tribu empezó a rodearlo y Stanley se le acercaba con un puñal en la mano y una sonrisa en la boca. En ese preciso momento, desaparecieron todas las estrellas del firmamento y regresaron los dioses de los Toholok'aus...

Gio Fosatti



ESPEJO

OMAR ARNEZ

“Matador” de los Fabulosos Cadillacs sonaba en el “radio-despertador”, cordial presente de bodas de doña Fernanda, la tía favorita de Daniela, alegre esposa de Roberto quien al escuchar la canción se dio cuenta de que el “radio-despertador” no estaba en su amada 98.5 una estación donde pasan noticias matutinas y además se da palo al gobierno de turno sea cual sea este.

- *¿Has movido la estación?* Le reclamaba Roberto de manera áspera pero sin ser grosera ni airada, al fin y al cabo el matrimonio aun joven se tenía bastante paciencia para tener 8 años de casados.

- *No, no he sido yo.* Respondió Daniela mientras salía de la habitación tarareando la canción, el sentido del humor de Daniela era su atributo máspreciado y a diferencia de cualquier atributo físico este nunca iba a arrugarse, chorrearse o perderse con el tiempo ella lo sabe y lo luce sin el menor remordimiento. Roberto entro al baño preparar su torta matutina que con el pasar de los años le costaba más, sin duda debido a la dieta baja en fibras que cocinaba Daniela amante de los programas de comida italiana y de los vinos.

- *ahhhggg..... Tengo que llevar los reportes de ventas al viejo cabron..... Como me emputan los martes.* Pensaba para sí mismo mientras se daba una ducha y Daniela le gritaba desde la cocina que el desayuno ya estaba listo sin siquiera está el agua a medio hervir, típico de las amas de casa.

Mientras se daba su acostumbrada rasurada Roberto noto que tenía en el espejo del baño aun empañado por el vapor de la ducha, lo amargado que lucía su rostro, si el no se viera todos los días diría que tiene unos 150 años si no mas, pero lo ignoró y siguió con el vaivén de la triple navaja que ofrecía una afeitada mas al ras sin cortes ni irritación al fin y al cabo el espejo del baño siempre le pareció mentiroso, debe ser porque fue un regalo de mi suegra después de haber criticado el anterior que tenía la pareja, si mal no recordaba lo llamo espejo “trucho y feo”.

- *trucho o no el espejo solo refleja lo que ve, y feo... bah!! Feo su cara de bagre vieja de mier...* Quedo interrumpido el pensamiento de Roberto, ya que si eso era cierto, el en serio parecía de unos 150 años lo cual lo dejo en un estado catatónico por unos segundos mientras se colocaba sus calcetines sentado al borde de su cama, se termino de colocar los calcetines y los zapatos a toda prisa y volteo de prisa a verse en el espejo que tenía en la habitación buscando una opinión más honesta ya que este espejo empotrado en la puerta del ropero que el mismo había comprado con 350 bs. Después de un fuerte regata con la caserita de la cancha que le rebajo el precio de 385 bs. El mismo espejo en el que tantas veces el se había visto a sí mismo como una estrella porno en las maratónicas noches que compartió con su amada Daniela, de esas noches que hace rato no se repetían y se prometía a el mismo de que de este sábado su señora no se salvaba.

Los gratos momentos que recordaba Roberto mientras hinchaba su pecho y se paraba erguido subiendo su ego subió su rostro y miro al espejo y se dio cuenta que en realidad no se veía tan mal en realidad se veía acorde a su edad y que el espejo del baño era un vil y cobarde aliado de su suegra que solo quería joderlo cada mañana, así que con paso firme y decidido salió a confrontar al espejo del baño, cuando volteo y miro el espejo aun empañado un poco en los bordes, su sorpresa fue grande pero aun mas lo era su enojo al ver que el prepotente espejo se negaba a darle la razón, entonces pensó que tal vez existía

la posibilidad de que como este espejo lo odiaba y solo quería fastidiarlo el espejo del dormitorio era amigo y le daba una opinión parcializada que trataba de animarlo.

- Humm ¿...? Roberto volvió a su cama y se sentó lentamente en el borde de la cama y dijo:

-Se que eres mi amigo pero por el momento necesito una respuesta honesta. Y volvió a mirarse en el espejo del dormitorio, tras unos segundos de silencio noto su rostro era como lo mostraba el espejo del baño denigrado y viejo, Roberto sintió por unos como se empapaba de tristeza los ojos mientras tomaba fuerzas para levantar su mirada del piso y encarar al espejo otra vez.

-Esa cara se ve triste. Se dijo a si mismo mientras calmaba su llanto interno, paso en silencio unos segundos, tomo unos sorbos de respiración profunda y dijo:

-Vamos a hacer que sonría un poco. Y se paro firme frente al espejo que le reflejaba casi todo el cuerpo excepto los pies desde las rodillas, con un movimiento violento y rápido levanto su brazo formando una V, levanto la mirada hacia sus palmas abiertas viéndolas una por una para luego poner su mirada fija en el espejo casi como si mirara a otra persona a los ojos a esa frágil y envejecida persona en el espejo que parecía inmóvil, mirándola fijamente a los ojos empezó a mover la cadera de lado a lado al ritmo de la música alegre que aun sonaba por la estación que Daniela había escogido la noche anterior, poco a poco al pasar la canción Roberto empezó a soltarse cada vez un poco mas y a hacer movimientos erráticos sin ninguna relación cada vez mas locos y que muy poco tenían que ver con el ritmo de la música en su mente casi en blanco al realizar tremendos e innovadores pasos de baile el pensó que tal vez en la prehistoria así era como se comunicaba uno mismo con sus sentimientos mientras seguía con más ganas con su baile que ahora lo realizaba sobre la cama saltando, hasta que la canción llego a su fin el frenesí había terminado y Roberto que estaba echado en su cama casi sin aliento mirando el techo de la habitación sonriendo mientras su pecho se inflaba y desinflaba con mucha rapidez, volvió a levantarse y se puso frente al espejo que ahora mostraba una imagen de un adolescente.

Roberto pensó que eso era todo y que ya estaba mejor que todo lo que necesitaba era reír un poco mientras se arreglaba la camisa dentro el pantalón y comenzaba a alistar el maletín con todos los reportes que tendría que presentar el jefe, pero otra vez un pensamiento se le cruzo por la mente:

-Si solo era cuestión de reír y alegrarme un poco ¿por qué ahora parezco un adolescente? Y volvió a mirarse en el espejo y vio que el adolescente llevaba una cara de tristeza y soledad y casi como si llevara odio dentro del todo una imagen contraria a su edad, Roberto sintió confusión y curiosidad y pensó que tan lejos podía llevar esto:

- Vamos a animar a este muchacho. Y comenzó otra vez con la clásica postura levantando los brazos en forma de un V, esta vez sonaba una canción de Elvis esa que todos conocen pero nadie sabe el nombre, Roberto comenzó con sus movimientos eufóricos de hace una momento que ahora parecía haberse duplicado su entusiasmo y añadió a su repertorio el balbuceo de la canción ya que no trataba de cantar la canción pero no sabía la letra solo con gritos seguía la melodía, mientras daba brinco sobre la cama bailando y tratando de cantar la canción la puerta del dormitorio se abrió.

-Roberto ya está el desay.... Decía Daniela mientras entraba a la habitación y quedaba interrumpida su oración por la sorpresa de ver a su esposo en medio de su locura, cuando Roberto se percató de la presencia de Daniela en la habitación quedo tieso en una

forma irregular parado sobre la cama casi como si la música se hubiera silenciado también, miro a Daniela que lo miraba fijamente con una pequeña sonrisa culposa dibujada en el rostro y ambos estuvieron así por unos mirándose fijamente a los ojos, esos segundos que para Roberto parecían eternos mientras seguía con su pose irregular, hasta que:

-YOU AIN'T NOTHIN' BUT A HOUND DOG!!!! Se puso a cantar y bailar Daniela en una explosión de emoción y alegría casi como si ella también estuviera poseída, no pasaron ni dos segundos en que ella también saltara encima de la cama y se pusiera a bailar con Roberto que todavía estaba en su posición errática y anonadado, una pequeña sonrisa se dibujo en la cara de Roberto y también se dejo llevar y se puso a “loquearse” junto con su esposa, en medio del frenesí que ocurría en la habitación de la feliz pareja en el día mas común y corriente de sus vidas, Roberto daba fugaces miradas al espejo y veía el reflejo de un niño y una niña tomados de la mano sonriendo y dando vueltas, cuando la canción termino Roberto abrazo a Daniela y la levanto y le hizo dar vueltas luego se bajaron de la cama y se envolvieron en un abrazo ambos con una sonrisa en el rostro se miraba a los ojos, pero Roberto comenzó a reír poco a poco a poco cada vez un poco más fuerte, poco a poco la sonrisa se empezó a convertir en carcajada, Roberto comenzó a inclinarse por la fuerza de las carcajadas casi como si se arrodillara frente a Daniela que aun sostenía sus manos ella ya no tenía una sonrisa en el rostro más bien se encontraba sumergida en una confusión, hasta que sucedió lo que ella temía la risa de Roberto se convirtió en llanto, las carcajadas ahora parecían gritos de dolor y de perdón.

Roberto había descubierto el porqué estaba esa mañana navegando por una realidad alterna, había descubierto el significado de los espejos, aquel mensaje que sus amigos y enemigos le trataban de decir y que el tanto tiempo se había negado a si mismo.

-Perdóname!!! Perdóname mi vida!!! Roberto le exclamaba a Daniela arrodillado frente a ella.

-¿Qué, que ha pasado, que te tengo que perdonar?!! Respondió Daniela con su voz que demostraba confusión y amargura por el temor de lo que tenía que decir Roberto que le apretaba las manos cada vez más fuerte. Daniela poco a poco entre los lamentos de Roberto empezó a entender el porqué su marido estaba así empezó a ver con claridad, ella presentía lo que Roberto iba a decirle, si tan solo encontrara la fuerza así que decidió apoyarlo y le dijo:

- Roberto ¿necesitas mi ayuda con algo?. Pregunto mientras una gota de dualidad se escurría por su mejilla ya que ella presentía la respuesta, Roberto la miro a los ojos y respondió.

- Si..... quiero ser padre.



Omar Arnez

Yerba Mala CARTONERA

Ediciones Yerba Mala Cartonera

Para no desesperar en las trancaderas, para dejar pasar las propagandas de la TV, para aguantar las marchas, para caminar subidas sin darse cuenta, para bailar al ritmo de la cumbia del minibús o para cuando tengas simplemente ganas de leer. Un libro cartonero, casero, tu mejor cómplice.

Otros títulos:

Crispín Portugal, *Almha, la vengadora*
Gabriel Pantoja, *Plenilunio*
Juan Pablo Piñeiro, *El bolero triunfal de Sara*
Jessica Freudenthal, *Poemas ocultos*
Beto Cáceres, *Línea 257*
Darío Manuel Luna, *Khari-khari*
Gabriel Llanos, *De muertos y muy vivos*
Santiago Roncagliolo, *El arte nazi*
Fernando Iwasaki, *Mi poncho es un kimono flamenco*
Nicolás Recoaro, *27.182.414*
Marco Montellano, *Narciso tiene tos*
Vicky Aillón, *Liberalia*
Banesa Morales, *Memorias de una samaritana*
Washington Cucurto, *Mi ticki cumbiantera*
Crispín Portugal, *¡Cago pues!*
Nelson Vanm Jaliri, *Los poemas de mi hermanito*
Gabriel Llanos, *Sobre muertos y muy vivos*
Gabriel Pantoja, *Plenilunio*
Roberto Oropeza, *Invisible Natural*
Premio de concurso breve Óscar Cerruto, UMSA